

CAPITULO LXXVII

AYES DE DOLOR.

de París eran como las encrucijadas donde
una de sus principales fortalezas. Las calles
han estado como en capsa, el incendio ha
sibilas del humano progreso. Las bombas
las libanes ciudades que han sido como las
salon, Atenas, Roma, Alejandría, Córdoba,
las habia reemplazado en el mundo á Jeru-
salem, Atenas, Roma, Alejandría, Córdoba,
aquella iniciativa revolucionaria, por las cua-
les habia reemplazado en el mundo á Jeru-
salem, Atenas, Roma, Alejandría, Córdoba,
esta creador, los gérmenes de nuevas so-
ciedades á los cuatro puntos del horizonte
iluminado por el rojo incendio de tu alma?

CAPITULO LXXVII.

AYES DE DOLOR.

Escribo hoy con el corazon dolorido y
desolada la inteligencia. Hace pocos dias el
alma se me despedazaba de dolor, al decir:
París bombardeado. Hoy la desesperacion me
muerte, me atenace hasta la profundidad
del espíritu, al exclamar: París ha capita-
do. Paréceme, segun el frio derramado en
todo mi sér por esta tristísima noticia, que
algo muy grande, muy sagrado ha perecido
en la conciencia humana. Paréceme, que le
faltan colores á nuestras ideas, resonancia á
nuestra voz, sangre á nuestro corazon y ca-
lor á nuestra sangre. La gran ciudad ha des-
cendido de su trípode, entregando al con-
quistador los títulos de su nobleza moral en
a tierra, aquella inspiracion inagotable,
aquella iniciativa revolucionaria, por las cua-
les habia reemplazado en el mundo á Jeru-
salem, Atenas, Roma, Alejandría, Córdoba,
las ilustres ciudades que han sido como las
Sibilas del humano progreso. Las bombas
han estallado sobre su cabeza; el incendio ha
quemado sus piés; los valerosos hijos que
armados la defendian ¡ay! han caido, si no

muertos, inertes sobre su seno desgarrado;
y el mundo ha oido indiferente desplomarse
unos muros que sólo parecian, por el ruido,
muros de piedra y que en realidad eran como
la vasija misteriosa donde se contenia una
grande idea, la cual si no se ha desvanecido
en los aires, ha pasado á crear, á enardecer
nuevos pueblos, tal vez nuevos continentes.
París ¿quién se sonreirá ya con tu sonrisa
mortal á los ídolos? ¿Quién difundirá á los
cuatro vientos las ideas y las convertirá en
el verbo humanitario de la civilizacion uni-
versal? ¿Quién hablará por los pueblos opri-
midos? ¿Qué ciudad tomada como tú de la
embriaguez revolucionaria, lanzará en los
dias creadores los gérmenes de nuevas so-
ciedades á los cuatro puntos del horizonte
iluminado por el rojo incendio de tu alma?
La verdad es que, perdiendo París su in-
flujo en Europa, pierde la civilizacion moder-
na un órgano capital de sus ideas, pierde, no
diré la libertad, pero sí diré la democracia,
una de sus principales fortalezas. Las calles
de París eran como las encrucijadas donde

se encontraban todas las razas. Sus prensas esparcían el jugo del espíritu humano sobre los áridos labios de todos los pueblos que tenían sed de ideas. Su génio cosmopolita, si no inventaba grandes pensamientos, los extendía, los predicaba, los convertía en universales y humanos. Allí no se escribiría la ciencia de la civilización, pero se escribía su evangelio. Allí no se encontraban los filósofos de la libertad, pero se encontraban los apóstoles. Allí las ideas no tomaban su esencia, pero tomaban su resplandor con el cual se difundían rápidas por los pueblos. Aquel no era el laboratorio del nuevo espíritu; era la tribuna. París guardaba en su cerebro la tempestad. Cuando el delirio de la inspiración la poseía, cuando entrecortadas por los furiosos revolucionarios, salían de su pecho

palabras misteriosas, gritos agudos, por todo el Universo escuchado, los cetros se rompían como cañas á los embates de aquel huracán terrible, en cuyas ráfagas iban disueltas misteriosas esencias del humano espíritu, convertidas en chispas eléctricas, que á un tiempo derretían las coronas en las sienas de los opresores y las cadenas en las manos de los oprimidos. De aquí la rabia, el ensañamiento con que el Rey de Prusia ha perseguido á París. Su águila negra bate las alas sobre la gran ciudad como el buitre del Cáucaso ceñido sobre el cuerpo de Prometeo que había robado á los cielos su fuego y había con él calentado la yerta sangre del hombre. Al caer París, algo grande, algo sagrado ha muerto en la conciencia humana.

CAPITULO LXXVII.

MIRADA RETROSPECTIVA.

Antes de entrar en el desarrollo de las reflexiones inspiradas por esta gran catástrofe, vamos á resumir la historia de los hechos que inmediatamente la han ocasionado. Pocas veces un pueblo habrá acudido á esfuerzos tan grandes y tan supremos como los esfuerzos hechos por Francia para sacudir el yugo extranjero. Gambetta, á quien la desgracia no quitará nunca la gloria, recogió en su espíritu las fuerzas de la nación abatida, las concentró en supremo ímpetu, y tentó organizar la victoria, pensando en salvar, ya que no la integridad, la honra de su patria.

El ejército del Loira fué rápidamente organizado. Aurelles de Paladine lo mandaba y en su primer empuje recuperó á Orleans. Aunque los prusianos tomaron pronto el desquite; aunque Orleans cayó de nuevo; aunque el ejército retrocedió, por un milagro de fé y de constancia, rehízose la poderosísima cruzada de la República en las orillas del Loira. Chanzy la mandaba, Chanzy, en quien creyó descubrir el pueblo alguna centella de aquellos géneos guerreros de la primera Re-

pública que habían con sus inspiraciones encadenado la victoria, y en amor á la libertad inflamado el corazón de los siervos.

No se contentó con esto Gambetta. Después de haber atendido á la organización del ejército del Loira, atendió á la organización del ejército del Norte. Guardias movilizadas con la celeridad del pensamiento se reunieron al rededor de Faidherbe, un marino, que había mil veces luchado con la tempestad y había presidido la organización de innumerables colonias en remotos climas. Francia fiaba mucho de su experiencia, de su pericia, de la tenacidad con que afrontó en toda su vida procelosos peligros.

Al Mediodía, Marsella, Tolosa, Lyon, en medio de su fiebre revolucionaria, alistaban soldados, reunían recursos, alzaban muros y reductos, se apercebían, ya que no al ataque, á valerosísima defensa. Contenía allí por el lado de Borgoña el oleaje de la invasión, esa alma heroica, humana de Garibaldi, que próxima al sepulcro, lanza, como el sol sobre su ocaso, los más vivos resplandores.

Al Este mandó Gambetta el ejército de Bourbaky, valerosísimo general, que con los recursos del Mediodía enviados, había de intentar varias salvadoras empresas: levantar el sitio de Belfort donde todavía ondea la bandera tricolor; romper la comunicación del ejército de París con una de sus bases de operaciones, con Estrasburgo y el Rhin; acometer luego Alemania en su propio territorio, y entrar en ella con el ímpetu de la tempestad, con el furor de la venganza.

Pero ¡ah! que todo fracasó. El tiempo se volvió de tal manera inclemente, que soldados franceses, jóvenes, poco curtidos en las calamidades de la naturaleza, se sintieron desmayados, enfermos. Nevaba con tal copiosidad que los caminos desaparecían y se colmaban los barrancos. ¿Es aqueste el año de la retirada de Rusia? Sobre la nieve caía el hielo que la tornaba dura, luciente, resbaladiza como una superficie de cristal. Los movilizaditos no podían materialmente andar. Resbalábanse los caballos. El aliento se helaba en los labios y largos carámbanos pendían de los bigotes y de las barbas de los pobres soldados. Como la mayoría de estos en el ejército francés era reclutada en los departamentos meridionales, su propio clima, su propio cielo se volvía más cruel para ellos que para los invasores, hijos del Norte, acostumbrados á estas crudezas del tiempo.

Los alemanes hicieron supremos esfuerzos. El príncipe Federico Carlos, su gran táctico, atrevido y tenaz á un mismo tiempo, quiso rodear el ejército de Chanzy, forzarlo á una capitulación como la capitulación de Sedan. No alcanzó este intento; pero sí romperlo, dividirlo, y en gran parte dispersarlo. Ponen los obuses de percusión sus proyectiles con tal exactitud allí donde ponen la puntería, que al ver los movilizaditos bretones del ejército de Chanzy caer balas por todas partes, corrieron despavoridos, sin que ninguna fuerza humana pudiera contener su fuga.

El ejército del Norte ha hecho marchas y

contramarchas sin número. La táctica ha consistido en desconcertar al enemigo por un movimiento continuo. Caminaba de noche para tomar desquité de aquellas primeras sorpresas del ejército francés, que fueron como la clave de todas sus derrotas. Así marchaba en zig-zag. Algunos de sus encuentros los juzgó Faidherbe victoriosos, pero fueron verdaderamente indecisos, porque también los alemanes se atribuían la victoria. Mas no cabe duda alguna de que en San Quintin este ejército fué por completo derrotado. Ni el ejército del Loira, ni el ejército del Norte podían socorrer á París.

Todas las esperanzas se concentraban en Bourbaky. De origen griego, de familia española, hay en su alma algo de la poética naturaleza de las dos penínsulas, con que estaba enlazada su cuna. Habíase salvado de la ignominia de Metz. General del Imperio, ofreció su espada á la República, poniendo sobre todas sus afecciones el amor á la Francia. No estaba convencido de que debiera seguirse la guerra; pero la seguía, porque tal era la voluntad del gobierno y del pueblo. Maniobrar en el Este era lo más peligroso, y maniobró en el Este. Había de hacer frente al ejército de Werder, muy aguerrido y victorioso. Había de correr, casi tocando la frontera Suiza un gran peligro de caer en aquel abismo, porque todo soldado que toca ese territorio neutral, es soldado perdido. Su plan era una combinación admirable, á pesar de todos estos inconvenientes, si llegan á tiempo los refuerzos, y no lo desconciertan las nieves. Bourbaky pudo decir, imitando á Felipe II, «fui á pelear con los hombres y no con los elementos.» Pero Bourbaky, desesperado, apeló al suicidio. Aplicóse un revolver á la sien, disparó, y la bala, sin acabar con él, destrozó el cráneo. Yo no lo justifico, yo lo comprendo. Sí, comprendo á Bruto en la noche de Philipos que al ver el cielo de Grecia riente, á pesar de que en la tierra había muerto la libertad, se dirige á su esclavo, lo enternece, lo

conjura, le obliga á afilar aquella espada que no ha podido vencer al destino, para que la hunda con furia en el corazón, que sólo por la patria y por la libertad latiera, y que no puede latir desde que en adversos luctuosos campos han sucumbido la patria y la libertad.

Solamente Garibaldi en Dijon ha obtenido una victoria. Este general honrado y heroico refiere los crímenes de que son reos los soldados del Norte, reproductores de las atrocidades con que mancharon el mundo las irrupciones germánicas, y los negros tiempos feudales. Han machacado á culatazos los cráneos de los franceses rendidos é inermes, prisioneros de guerra, sagrados por el derecho de gentes. Los cirujanos, que corrían á curar los heridos de uno y otro bando, han sido asesinados. Sus cabezas y sus corazones servían de blanco á las balas prusianas. Un capitán de franco-tiradores que, herido, quedara en el castillo de Pouilly, es cogido, atado de pies y manos, puesto en el tormento, herido de nuevo con toda suerte de brutales agresiones, y luego quemado vivo. En estas horribles carnicerías de la guerra, mas bárbara cuanto más progresiva es la sociedad donde se despliega, ha caído muerto un hombre heroico, el general polaco Bosak, amigo de Garibaldi. Delante de mí, en Tours pidió Garibaldi el nombramiento de jefe de brigada para este ilustre mártir de la libertad. Yo le conocí en Ginebra.

Era un joven de treinta y ocho años, alto, elegante, nervioso, de barba rubia y ojos azules, en los que se notaba una honda tristeza, como si la luz del día no entrara en ellos sino á través del duelo por la patria muerta, duelo que ponía en su retina nubes invisibles de lágrimas eternas. Recuerdo una reunión célebre en la cual pronunció algunas palabras por su infeliz patria. No era aquello un dis-

curso, era un sollozo. Sus manos se crispaban como si los dolores de todas las generaciones polacas las sacudiesen. Sus ojos relampagueaban. Las palabras salían del pecho entrecortadas por suspiros profundos, amarguísimos, que parecían el lloro de todo un pueblo. Tendió los brazos al aire, habló en frases cortadas, expresó un dolor vivísimo, algo semejante á los trenos de Jeremías, á las lamentaciones de los profetas bíblicos en las orillas del Eufrates. Yo en el sollozo de aquel héroe ví pasar, como en espesa nube de lágrimas, el alma de Polonia herida, desgarrada, produciendo y devorando generaciones de cuerpos esclavos y de almas muertas. Pues bien; aquel joven ha ido á pelear, á morir por una gran nación que defiende la independencia del hogar y la independencia de la patria, perdidas para Polonia. Su fé, su exaltación le han llevado hasta el sacrificio. Empeñado en atrevidos reconocimientos, ha intentado detener numeroso ejército con unos cuantos hombres. ¡Valor inútil! Ha caído atravesado por las balas prusianas, consagrando hasta el aliento último de su vida á la libertad y á las nacionalidades. Leonidas le llama Garibaldi. Más sublime que Leonidas le llamo yo. En los desfiladeros de las Termópilas se sacrificó Leonidas por la independencia de su propia patria; y en los campos de Borgoña Bosak se ha sacrificado, ha muerto por ajenos hogares, por ajena patria. Su alma se ha desprendido de todo carácter terreno, y ha pasado á ser, en virtud de tan heroico sacrificio, como un matiz del alma luminosa de la humanidad entera. Su sacrificio no ha sido infecundo; la batalla de Dijon es uno de los pocos triunfos que en estos últimos días registra la nobilísima causa de la justicia y del derecho.